

enorme y se le impuso de antemano el castigo para el caso de no cumplir la promesa.

El emperador procuró después emplear el poco tiempo que se le había concedido en aumentar su poder. En el verano de 1225 envió una pequeña escuadra á Siria en busca de su novia Isabel, y se casó con ella en Brindis el 9 de noviembre. Pero ya en el día de la boda manifestó á su suegro que en lo sucesivo tenía que renunciar al gobierno del reino de Jerusalem. Federico no obró en esto contra derecho: Isabel era «heredera de Jerusalem», y conforme á antigua costumbre el marido era el regente legítimo del reino y no el padre.

Sin embargo, la súbita declaración cogió á Juan completamente de improviso, le exasperó en sumo grado, ofendió á la curia romana, y aunque Federico hizo al cabo su voluntad, quedó ampliamente esparcida la semilla de la discordia.

Pocos meses después, convocó el emperador una dieta en Cremona, para «deliberar acerca de la cruzada, extirpar la herejía y procurar el restablecimiento de la paz.» Los lombardos, en cuyo territorio central había de reunirse la dieta, comprendieron sin embargo la intención de Federico, que en efecto trataba de reunir un ejército en las llanuras del Pó bajo el pretexto de deliberaciones pacíficas y someter á su soberanía las poderosas ciudades de aquel territorio que se habían constituido en repúblicas casi independientes. Formóse de nuevo la antigua liga lombarda, que ya en otro tiempo había opuesto invencible resistencia al emperador Federico I; y poco tiempo después el nieto de Barbaroja hubo de comprender que tenía que habérselas con un adversario poderosísimo. Para salir del grave apuro en que se había metido,

no le quedó otro recurso que rogar al Papa interviniera en favor de una reconciliación entre él y los lombardos. Honorio accedió y alcanzó que los lombardos dieran al emperador para su cruzada 400 caballeros por espacio de dos años. Pocos meses después de este modesto arreglo murió el papa Honorio III (18 de marzo de 1227). Fué su sucesor Gregorio IX, quien ya hasta entonces había sido en parte el alma de la política pontificia, anciano venerable de más de 80 años; pero de espíritu fogoso y emprendedor, pariente de Inocencio III y, como éste, empeñado en levantar con energía el edificio de la teocracia cristiana. Bajo este príncipe de la Iglesia había de encenderse de nuevo la guerra que amenazaba hacia tiempo entre el papado y el imperio.

Entonces fué cuando se armó seriamente para la cruzada el emperador Federico. Sus propios esfuerzos, como las exhortaciones que se dirigían de Roma á todos los príncipes y pueblos, alcanzaron una vez más un resultado favorable. Francia, ocupada en la guerra de los albigenses, suministró por cierto pocos cruzados; pero Italia dió gran número, é Inglaterra, según se dice, más de 40,000 hombres, la mayor parte pobres, «sobre quienes suele apoyarse principalmente la voluntad del Señor.» Pero las masas más numerosas y dispuestas para la guerra salieron de Alemania, cuyos príncipes y prelados, caballeros y ciudadanos obedecieron gustosos al llamamiento del emperador. Todas estas tropas de peregrinos llegaron á Apulia en julio de 1227 y acamparon en Brindis y sus alrededores. Allí no estaban suficientemente preparados para recibir tan enorme muchedum-



Sepultura del caballero cruzado Roberto Noss (+1227); existente en la iglesia del Temple en Londres.

bre de cruzados, y faltaron víveres y barcos en los que hubiera podido trasladarse pronto una gran parte del ejército. El hambre que sufrieron, principalmente los peregrinos pobres, la vida irregular y el fuerte calor que se sentía, causaron pronto una enfermedad contagiosa de la cual murieron muchos miles, mientras que otros abandonando á Brindis por miedo de contagiarse, regresaron á su patria. Finalmente, á principios de setiembre envió Federico una gran escuadra á Siria con una parte del ejército á las órdenes del duque Enrique de Limburgo, pensando él seguir el mismo camino, algunos días después, con el resto de las tropas y barcos; pero Federico y el langrave Luis de Turingia, que se encontraba á su lado, fueron atacados de la peste, y como la enfermedad aumentara durante la navegación, se vieron obligados á desembarcar cerca de Otranto en 11 de setiembre. Allí murió el langrave tres días después, mientras que Federico convaleció, pero tan despacio, que hubo de renunciar por de pronto á la cruzada. Sin embargo, envió al patriarca de Jerusalem á Siria con 20 naves, y comunicó en seguida al Papa la desgracia que le había obligado á interrumpir la peregrinación.

Cuando Gregorio IX lo supo, juzgó llegado el momento de asestar un golpe terrible al poderío del emperador. Según la letra draconiana del tratado de San German, Federico había caído bajo el peso de la excomunión apartándose de la cruzada, aunque obligado por la dura necesidad. El Papa pronunció la excomunión contra él en Anagni el 29 de setiembre, sin atender á las repetidas justificaciones del emperador, y dió á conocer este hecho á la cristiandad por medio de una circular fechada el 10 de octubre. No reparó el Papa en excederse del derecho formal que le asistía para su manera de obrar, y en presentar la conducta de Federico con colores muy subidos, llegando hasta decir que por su culpa se había perdido á Damietta años atrás, que por su orden se había detenido el ejército cerca de Brindis, sufrido el hambre y sido víctima de enfermedades contagiosas, que el emperador no había pagado el dinero ni reunido las tropas que había prometido en el tratado de San German, y por último, que la enfermedad con la cual trataba de excusarse era simulada. En todo esto no le asistía al Papa la razón (1); y difícilmente hubiera empleado lenguaje tan acerbo en el asunto de las cruzadas, si otros motivos, principalmente el miedo al poder siempre creciente de Federico, no se le hubieran inspirado en aquellos momentos.

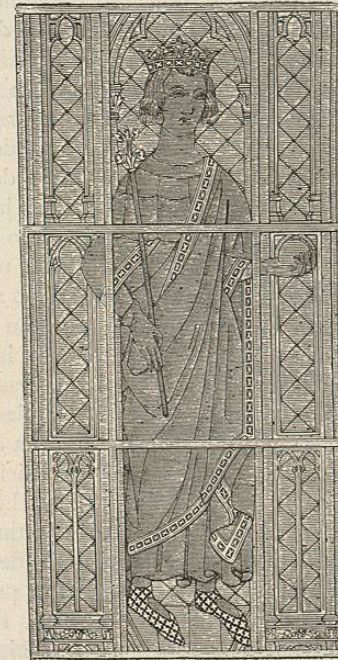
Federico opuso al principio á estos ataques una conducta digna, publicando también (6 de diciembre) una circular en que refutaba con calma las acusaciones del Papa, anunciando á todo el mundo que la cruzada, interrumpida entonces por enfermedades, sería continuada seguramente en la primavera próxima. Pero la declaración de guerra que encerraba la excomunión lanzada contra él, le exasperó tanto, que aumentó muy pronto el fuego de la discordia de una manera apasionada. Como el pueblo de Roma abrigaba sentimientos hostiles contra el Papa (2), procuró ganarle para sí por varios medios. Mandó al duque Reinaldo de Spoleto que ocupase los territorios que «otros papas habían arrebatado á los emperadores, con asechanzas ó por medio de la fuerza,» (aludiendo á la Marca de Ancona y á las posesiones de la princesa Matilde), porque estos territorios eran únicamente feudos del imperio, y Gregorio había perdido el de-

(1) Véase arriba principalmente Rohricht: Apuntes para la historia, etc., I, 20, etc.

(2) Los romanos dejaron en libertad durante seis semanas, y mientras que Gregorio se hallaba en Anagni, á un impostor que se llamó papa, el cual dispuso á los peregrinos del voto de la cruzada mediante el pago de cuatro marcos (5 pesetas).

recho á ellos por su enemistad. El Papa renovó en cambio en Roma el 23 de marzo de 1228 la excomunión contra Federico, y puso también el entredicho sobre cualquier lugar en que este se hallara, cayendo en su consecuencia bajo el odio de los romanos que se levantaron contra él. También prohibió al emperador que emprendiese la cruzada si antes no se doblegaba arrepentido á la voluntad de la Iglesia.

Federico, ignorando esta prohibición, se preparó con el mayor entusiasmo á la peregrinación, porque la única manera de desvirtuar los graves cargos que le había dirigido el Papa en su circular, era el cumplimiento de su voto. Impuso consi-



Traje de un monarca del siglo XIII; copia de una pintura en cristal de una de las ventanas del coro de la catedral de Colonia

derables tributos para la cruzada, reunió soldados y barcos, y anunció á fines de abril de 1228, en Barleta, «su última voluntad», antes de embarcarse para la Siria y á presencia de una brillante asamblea compuesta de los grandes del imperio y de una multitud del pueblo. Reinaldo de Spoleto había de encargarse del gobierno durante su ausencia, y caso de morir el emperador en la expedición, le había de suceder en Sicilia su hijo Enrique, y si este moría sin sucesión, su segundo hijo Conrado, nacido pocos días antes. Poco después Federico iba á emprender la cruzada; pero en 8 de mayo murió su esposa Isabel de una fiebre puerperal. Este triste suceso y algunos disturbios de Sicilia le retuvieron todavía algún tiempo, hasta que al fin, en 28 de junio, se embarcó en Brindis para la Siria. Gregorio IX dijo de él que era un servidor de Mahoma, y que marchaba á Jerusalem, no como un cruzado, sino como un «pirata.»

¡Triste y rara perspectiva! El primer soberano de la cristiandad levanta las armas para reconquistar la ciudad santa, y el jefe de la Iglesia cristiana le prohíbe la expedición y le excomulga. ¿De parte de quién estaba la mayor responsabilidad en la funesta discordia? La lucha entre el papado y el imperio era inevitable, dada la naturaleza de ambos poderes, y el emperador solo había faltado por su excesiva confianza en sus propias fuerzas, como en el año 1225, después del tratado de San German. Cuando preparaba su expedición á Oriente debía haber dirigido con más prudencia su política europea á fines pacíficos; pero su impetuosidad le puso en el caso de hacer á la vez dos guerras, una en Siria y otra en

Italia. Mayor responsabilidad cupo al Papa. ¿Debió Gregorio IX dirigir sus ataques contra Federico, precisamente cuando el emperador retrocedía delante de los lombardos, pedia la intervención pacífica de la Iglesia, y se veía impedido de cumplir el voto de la cruzada, únicamente por grave enfermedad? ¿Había de sacar partido del asunto de la cruzada para sus contiendas civiles con el emperador? Si así obraba, podía en efecto sobreexcitar las pasiones más vehementes de la época contra Federico, el cual estuvo expuesto á dura crítica por las repetidas dilaciones, tal vez involuntarias, de la cruzada; pero tal procedimiento no había de causar menos daño á la Iglesia que al imperio; y sobre todo, los intereses del Oriente cristiano, que siempre habían sido sagrados para los predecesores de Gregorio, fueron sacrificados entonces á las pretensiones teocráticas de la curia romana. El emperador se detuvo ante la excomunión cuando se dirigía á Oriente, y toda la cristiandad que miraba ya con bastante indiferencia la causa de Jerusalem, pudo sacar la consecuencia de que ya no debía tomarse interés alguno en un asunto que la curia romana había mirado como secundario apartándose de él enteramente.

CRUZADA DEL EMPERADOR FEDERICO II

El Oriente cristiano no había sido molestado mucho por los musulmanes desde la toma de Damietta, pero tampoco había disfrutado de tiempos muy felices. Armenia había sido despedazada por luchas intestinas durante largos años, después de la muerte del rey Leon, hasta que el príncipe Constantino, pariente del finado, logró casar á Isabel, heredera de aquél, con su hijo Hethum, y reunir la fuerza del país bajo su dominación y la de aquella joven pareja. En Antioquía y Trípoli se supo mantener sin interrupción Boemundo IV; pero hubo de sostener todavía varias contiendas, durante las cuales una parte de sus súbditos se le mostró hostil y en favor de los armenios. En Chipre había un gobierno de tutela por muerte del rey Hugo, acaecida en el año 1218, el cual había dejado por sucesor á su hijo Enrique que apenas contaba un año de edad. Al frente de dicho gobierno estaba Juan de Ibelin, señor de Beirut (1), uno de los más nobles magnates del reino de Jerusalem. Por último las ciudades y castillos de Jerusalem eran foco de envidia y odio entre los caballeros y los comerciantes.

En esta confusión pensó Federico en extender más y más su poder imperial en provecho suyo y de todos. No mucho tiempo después de haber sido nombrado rey de Jerusalem, envió á Siria en calidad de representante suyo al conde Tomás de Acerra, y éste logró, á pesar del orgullo de los templarios y hospitalarios, establecer un gobierno fuerte en los restos del reino de Jerusalem. En el verano de 1228 llegó Federico á Oriente, desembarcando primeramente en Chipre, donde intentó proceder como señor feudal y tutor del niño Enrique en aquella isla, que según él decía era feudo imperial desde los tiempos de Enrique VI. En este asunto se mostró contra Juan de Ibelin, de la misma manera que antes contra Juan de Jerusalem, pero ya por la astucia, ya por la fuerza, logró también entonces hacer su voluntad en la cuestión principal, apartando á Juan Ibelin de la tutela, y arreglando la administración del país según su criterio. Siguió después su rumbo á Siria, desembarcando en Acre el 7 de setiembre,

(1) Este Juan de Ibelin es el llamado «antiguo señor de Beirut.» Su sobrino del mismo nombre, Juan de Ibelin, conde de Joppe (Jaffa) compuso aquel libro sobre el derecho de los Estados cruzados, que tanta fama ha adquirido, con el título de *Livre des assises des royaumes de Jerusalem et de Chypre*, el cual, en los últimos tiempos de la dominación cristiana en Oriente, sirvió de código públicamente reconocido.

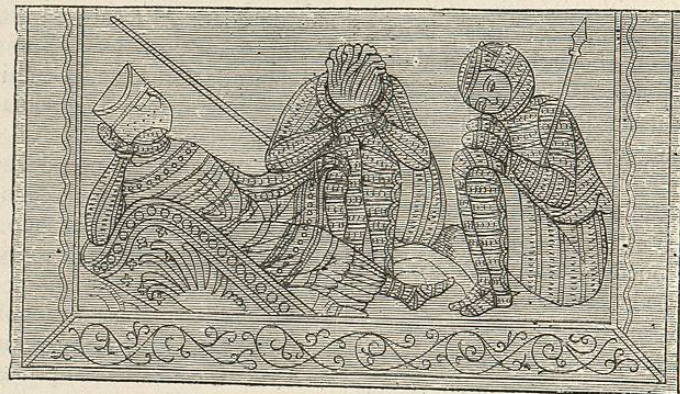
donde le fué hecha una solemne recepcion á pesar de la excomunion, é inmediatamente hizo una tentativa de reconquista sobre Jerusalem en favor de la cristiandad.

Tal ensayo revestia un carácter completamente distinto



El emperador Federico II. Miniatura de un manuscrito sobre el arte de la halconería

del que hasta entonces se había empleado desde los tiempos de Godofredo de Bullon; pues no con las armas, sino por negociaciones hábilmente dirigidas procuró el emperador lograr su fin; y en efecto la situación era tal que podía esperar obtener un resultado satisfactorio mas bien por la diplomacia que por la fuerza.



Tres guerreros de guardia en el Santo Sepulcro. Copia de un devocionario en pergamino, de principios del siglo XIII, existente en la biblioteca de la Universidad de Leipzig.

acababa de llevar consigo, constituían por cierto fuerzas respetables, pero pequeñas para la lucha contra los musulmanes; pues dichas fuerzas estaban entre sí divididas. Muchos guerreros de Chipre y Jerusalem estaban disgustados con el emperador por la dureza con que había tratado al rey Juan y á Juan Ibelin. Otros tuvieron reparo de entrar en campaña á las órdenes de un jefe excomulgado, y los templarios con los hospitalarios le negaron muy pronto la obediencia. Añádase á esto que la discordia entre Federico y la curia romana tomó formas cada vez mas amenazadoras. El papa Gregorio prohibió por órgano de dos frailes franciscanos, que había

No mucho despues que los cristianos perdieron nuevamente á Damietta, Alcamil de Egipto y Almuazzan de Damasco se enredaron en una lucha que duró años y años. Ambos habían tenido al mismo tiempo noticia de que de un momento á otro llegarían á Oriente las grandes fuerzas que preparaba Federico. El ceñudo Almuazzan mandó destruir, como antes ya lo había hecho, las fortificaciones de Tierra Santa, para quitar así al emperador todo punto de apoyo que pudiera serle útil. Por el contrario, el flexible Alcamil envió en secreto un embajador á Sicilia, probablemente para ofrecer la devolucion del antiguo reino de Jerusalem con tal que Federico dirigiese sus armas únicamente contra Almuazzan. A virtud de estos tratos dió principio á una relación amistosa entre el emperador y el sultan de Egipto. El arzobispo Bernardo de Palermo había ido al Cairo en calidad de embajador de Federico, donde ofreció en concepto de presentes, caballos y halcones, telas para vestir y objetos de bronce, y recibió á su vez un elefante cargado de objetos preciosos de la India, Arabia y Persia. El 12 de noviembre de 1227 murió Almuazzan; pero continuaron las discordias entre los eyubitas, porque Alcamil quitó al hijo y sucesor de su hermano difunto, llamado Annasir Daud, una parte de Siria, é hizo preparativos para apropiarse poco á poco todos los demás territorios del reino de Damasco. En tal situación estaba casi preparado el terreno para las negociaciones amistosas. Alcamil podía temer que Federico entrase en alianza con Annasir Daud si no cedía otra vez la ciudad santa á los cristianos, y el emperador por su parte deseaba con urgencia un pronto arreglo, pues solo tenía á su disposición una fuerza insignificante, y no podía diferir por mucho tiempo su regreso á Italia. Verdad es que durante los últimos años habían llegado á Siria masas muy importantes de peregrinos; pero éstas regresaron en su mayor parte á su patria á causa del retraso que sufrió el viaje de Federico. El resto que permaneció en Oriente y los caballeros de Chipre y Jerusalem, juntamente con el pequeño ejército que el emperador

enviado detrás del emperador á la Siria, que los cristianos de allá obedeciesen al excomulgado; y armó además tropas para atacar al reino siciliano de Federico.

El emperador no se detuvo por esto en su manera de obrar. Mandó de nuevo llevar regalos al sultan Alcamil, que se encontraba en la parte meridional de Siria, y le participó el deseo que tenía de que Jerusalem fuera devuelta á los cristianos. Alcamil contestó con muestras de amistad, y enviando á su vez objetos preciosos; pero rehusó dar explicaciones acerca de la cesion de la ciudad santa. Probablemente juzgó que ya no se hallaba en peligro serio por

parte de los cruzados, dada la discordia siempre creciente entre el emperador y el Papa; al mismo tiempo que tenía que luchar con un adversario muy inferior Annasir Daud, distinto de su hermano Almuazzan. Sin embargo, Federico mostró tanta fuerza de voluntad para apoyar su petición de arreglo pacífico, que apeló á una enérgica amenaza de guerra. Hizo un llamamiento á todas las tropas que estaban reunidas en la costa del reino de Jerusalem, indujo á los templarios y hospitalarios á que le siguiesen, publicando las órdenes en el ejército de los cruzados, no en su propio nombre «sino en el de Dios y de la cristiandad,» y marchó desde Acre á Joppe por la costa. Durante su permanencia en aquella ciudad, en el invierno de 1228 á 1229, reconstruyó sus fortificaciones, formándose así una base de operaciones para atacar á Jerusalem, y negociando al propio tiempo con Alcamil bajo el tema de su petición, que según parece abrazaba la cesion de todo el antiguo reino de Jerusalem, é induciendo

al sultan á que por lo menos le concediese su parte mas deseada. En efecto, en 11 de febrero de 1229 fué concluido el tratado entre los encargados de ambos príncipes, y jurado por Federico en 18 del mismo mes, y pocos dias despues por Alcamil. El texto de este notable documento no ha llegado por desgracia á nuestras manos; pero estamos bien informados sobre lo sustancial de su contenido por varias noticias contemporáneas. Según dicho compromiso cedió el sultan Alcamil al emperador Federico, primeramente la ciudad de Jerusalem, con el derecho expreso de disponer de ella en toda forma, y por lo tanto, de levantar fortificaciones. Pero la mezquita de Omar, en Jerusalem, con todas sus dependencias, es decir, todo el recinto sagrado de los musulmanes quedaba propiedad de estos, y cada musulman no armado tenía derecho á entrar allí á orar, mientras que estaba prohibida la entrada á los cristianos. Además de Jerusalem recibió el emperador varias ciudades y aldeas, principalmen-



Siete guerreros custodiando el Santo Sepulcro. Copia de un pergamino del año 1250

te Belen, Nazareth y pueblos situados sobre las vías de Jerusalem á Joppe y de aquí á Acre; de suerte que el antiguo camino de los peregrinos para ir á Jerusalem pasaba otra vez á ser propiedad de los cristianos. También se obligó el sultan á devolver todos los prisioneros cristianos. El emperador por su parte se obligó á defender al sultan contra todos sus enemigos, aunque fuesen cristianos, y á cuidar particularmente de que nadie socorriese á los señores de Antioquia, Trípoli, Tortosa y varias otras ciudades y castillos de la Siria septentrional. Sobre estas condiciones había de ser concluida la paz entre Federico y Alcamil, la cual había de durar desde el 24 de febrero de 1229 por espacio de diez años, cinco meses y cuarenta dias (sic).

¡Qué triunfo para el emperador cuando logró ratificar este tratado con Alcamil! Lo que la cristiandad había aspirado á conseguir por medio de la fuerza hacia ya 40 años; lo que solo fueron vanos esfuerzos por parte de Federico I, Ricardo Corazon de Leon, Felipe Augusto, Inocencio, Honorio y Pelagio; aquello por lo que tantos centenares de millares de guerreros entusiastas habían derramado su sangre y perdido sus vidas con tanta abnegacion, lo consiguió esta vez Federico sin grandes esfuerzos, libertando de este modo la ciudad santa del yugo de los «impíos paganos.» El mundo pagano quedó profundamente conmovido ante este rudo golpe, y Alcamil trabajó mucho por excusar las amargas censuras que se le dirigían, y poder así continuar con felicidad la guerra contra Annasir Daud, para la cual tenía entonces las manos libres. Por el contrario, entre los cristianos, y principalmente entre los alemanes, hubo gran júbilo cuando se hizo pública la noticia de la reconquista de Jerusalem. Manifestáronse entre ellos las mas risueñas esperanzas de una nueva é inmensa felicidad, y el sentido natural de las masas hizo al emperador Federico II, en agradecimiento de su cruzada, una corona de gloria que ha durado inmarcesible al través de los siglos.

LAS CRUZADAS

Pero el vencedor estaba muy poco satisfecho de sus resultados. El odio del partido eclesiástico halló no solo en la paz en general, sino también en sus diferentes relaciones, mas que motivos suficientes para atacarle con crudeza siempre creciente; pues el emperador había negociado con los musulmanes en vez de pelear contra ellos, y no solo había recibido amistosamente á los embajadores de Alcamil, sino que había disputado también con ellos acerca de cuestiones metafísicas, utilizando hábilmente sus grandes conocimientos, y mostrando públicamente y sin reparo su indiferencia religiosa en bromas y chistes atrevidos. Además, es verdad que la paz devolvió á la cristiandad los lugares santos, pero la mayor parte del reino de Jerusalem quedaba en poder de los paganos, y una alianza defensiva obligaba al emperador á prestar socorro á los musulmanes contra sus propios hermanos de religion. Hay que fijarse sobre todo en la parte del tratado, según la cual, Federico debía procurar que no se prestase ningun socorro al príncipe de Antioquia, ni á los señores de otros lugares de la Siria del Norte, con lo cual se aludía á los templarios y hospitalarios. El príncipe Boemundo IV y las dos Ordenes de caballería en sus posesiones fuera del reino de Jerusalem, estaban por lo tanto excluidos de la paz y expuestos á los ataques de Alcamil. No puede hallarse explicación fácil sobre este particular por lo que respecta á Boemundo, porque á lo menos no consta que estuviera enemistado con el emperador Federico (1). En distinta situación se hallaban las Ordenes de caballería, especialmente los templarios, los cuales se habían unido por completo con el partido jerárquico y habían causado graves ofensas al emperador, por mas que sea pura invención la de que los templarios indicasen al sultan Alcamil la ocasión favorable de apoderarse

(1) Boemundo salió á recibir al emperador en el verano de 1228 hasta la isla de Chipre; pero asustado según parece de los procedimientos despóticos que empleaba Federico en aquella isla, le abandonó pronto y permaneció alejado de la cruzada.